

## ¿Quién es Eva?

Eva tiene 23 años, es originaria de Medellín y cursa el tercer año de la carrera de Medicina en la Universidad de Antioquia. Desde los dieciséis años padece narcolepsia con cataplejía leve, aunque la sintomatología se exacerbó durante sus primeros años en la facultad.

Sufre episodios de sonambulismo (sobre todo en períodos de mucho estrés) y pesadillas nocturnas que la dejan agotada al despertar.

Vive desde hace dos semestres en un pequeño apartamento compartido con su amiga de infancia Paula Ramírez, quien estudia Psicología. Sus padres, Diana y Álvaro, están preocupados por su hija: su padre es médico especialista en Medicina Interna y su madre, enfermera de urgencias. Martín, su hermano mayor de 26 años, estudia Ingeniería de Sistemas y suele visitarla los fines de semana para ayudarla con compras y brindarle compañía.

---

### 1. La clase de Fisiología

Son las 7:30 a.m. del martes. Eva se despierta en su cama con la cabeza embotada, sintiendo que ha dormido apenas cuatro horas. Sabe que hoy tiene clase de Fisiología Pulmonar a las 8:00. Se estira con esfuerzo y, antes de levantarse, cae en un breve episodio hipnagógico: ve la silueta de su madre en la penumbra junto a la ventana, pero al parpadear, es la sombra de su propia mano. Por un instante, cree escuchar un leve sollozo: tal vez sea una pesadilla teñida de la ansiedad que siente por el próximo examen. Se reincorpora, enciende la lámpara de cabecera y toma un sorbo de agua. Su pulso late agitado mientras anota en su libreta de sueño:

23:38: “Pesadilla: me veía dentro de un quirófano, sangrando por un error que no recordaba; desperté gritando. Me sentía paralizada, hasta que pude mover los dedos y despertar.”

Esa nota la acompaña hasta el baño. Se mira al espejo con ojos somnolientos, masajea sus párpados hinchados y recuerda que la medicación modafinilo la mantiene despierta, pero a cambio la deshidrata y le produce insomnio ocasional. Saca su mochila del suelo, forrada con pegatinas de órganos anatómicos y fórmulas bioquímicas, y baja a la cocina. Paula ya está desayunando avena con frutas. Le lanza una mirada comprensiva:

—Buenos días, Eva. Te ves cansada otra vez.

—Anoche la pesadilla fue muy vívida —confiesa Eva mientras revuelve la avena con una cuchara—. No quiero dormirme en clase, pero siento que no tengo energía.

Paula la observa con ternura:

—Si necesitas dormir 10 minutos antes de salir, hazlo. Yo cubriré hoy tu turno en la librería.

Eva asiente con gratitud y decide tomar una siesta hasta las 7:45. Se pone una mascarilla ligera y cierra los ojos durante unos minutos; al despertar, se siente un poco más alerta. Repasa sus apuntes de Fisiología en voz baja mientras toma café sin azúcar. A las 7:50 exactas, abandona el apartamento y camina hacia la Facultad de Medicina. Es un día grisáceo y campus todavía está en penumbra. Ve a algunos compañeros corriendo para llegar a sus clases y a un grupo de estudiantes que llegan en un auto particular.

Al acceder al salón, se sienta en medio de la tercera fila. La profesora Pérez ya está impartiendo teoría del intercambio gaseoso en los alvéolos. Eva toma apuntes con disciplina, pero nota que sus manos tiemblan levemente. A los quince minutos, siente un adormecimiento repentino: su vista se vuelve borrosa y los contornos de la pizarra se funden con las luces. Los párpados se le cierran sin remedio y, al incorporarse de forma casi instintiva, ve a sus compañeros convertidos en siluetas negras con ojos vacíos. La profesora habla, pero su voz se disuelve en un murmullo que no logra interpretar. Su mente flota en una neblina: percibe la sensación de estar fuera de su propio cuerpo. A duras penas logra escribir:

“Hipoxemia:  $\text{PaO}_2 < 80 \text{ mmHg}$ ...” antes de que todo se disuelva.

De pronto, se encuentra en un espacio blanco y vacío. A lo lejos, como un murmullo, escucha pasos. Intenta llamar, pero solo sale un susurro ahogado, una figura que reconoce vagamente como su padre se acerca, pero al enfocar su imagen, sus rasgos cambian: los ojos se oscurecen, los labios se alargan en una mueca siniestra. Eva siente pánico, pero antes de que esa visión la consuma, apoya ambas manos en el piso frío y logra incorporarse. Parpadea y vuelve al salón de clase, con las luces eléctricas intactas y la profesora deteniéndose al verla. El aula entera se gira para observarla; algunos compañeros cuchichean: “¿Eva tuvo otro ataque?”.

El rostro de la profesora se suaviza:

—Eva, por favor, si te sientes mal, puedes salir y regresar cuando te mejores.

Tomando aire con fuerza, Eva se sobresalta y nota cómo un frío interno —esa mezcla de miedo, confusión y vergüenza— la invade. Recoge sus apuntes en silencio y sale del salón tambaleándose. En el pasillo, a la altura de la puerta, se apoya contra la pared y escribe un mensaje en su teléfono:

“Papá: tuve un episodio, me siento mareada. Ven, por favor.”

Al publicar el mensaje, siente un nudo en la garganta. Agradece que su padre, como médico, comprenda la gravedad. Mientras desciende la escalera principal, nota las miradas curiosas de otros estudiantes: “¿Por qué un estudiante de tercero de Medicina se desmaya en plena clase?” Se pregunta si tendrán idea de

los trastornos de sueño y la narcolepsia o si la juzgarán como una joven irresponsable.

Justo en el vestíbulo, su padre Álvaro Ku, con bata blanca y estetoscopio al hombro, la espera. Le sugiere que repose un rato, que beba agua y coma algo ligero en la cafetería antes de ir a casa. Eva asiente, asustada pero a la vez aliviada de que su padre esté cerca.

Mientras se incorpora para seguir sus indicaciones, recuerda a Paula, quien le prometió acompañarla si algo malo ocurría. Se controla para no derrumbarse en lágrimas y se dirige a las escaleras del bloque. Sus pensamientos giran: “¿Qué tan frecuente será esto? ¿Puedo continuar con la carrera?”

---

## Decisión 1

¿Qué hacer respecto a los ataques?

(A) Seguir asistiendo a todas las clases, sabe que han pasado ya varios días desde el ataque anterior y considera que aún puede controlar la situación por sí misma.

(B) Solicitar una cita médica prioritaria en su EPS, esperando que le asignen una cita con algún especialista que ayude a gestionar su situación.

(C) Hablar primero con su amiga Paula para contarle lo ocurrido, espera que esto la haga sentir un poco mejor y se alegra de que ella conozca algo sobre psicología.

---

## 2A: La Determinación Frágil

Eva abandona el pasillo con el corazón todavía golpeándole el pecho, pero decide sostener la fachada de normalidad. No faltará a una sola clase.

La mañana del miércoles suena el despertador a las 5:55 a. m.; se ducha con agua casi helada y engulle un espresso doble. Revisa la libreta de sueños:

24 de mayo, 4:02 a. m.: me veía sentada en un auditorio lleno de maniqués, todos se giraban cuando parpadea.

A las 7:58 se desliza en la primera fila del aula de Anatomía. El doctor Giraldo proyecta imágenes de cortes histológicos. Cada lámina parece dilatarse hasta ocupar el aire; para no desmayarse, Eva se clava la uña en el pulgar.

Cuando anota “*célula clara: función de sostén*” la línea se le fractura: la mano traza un zig-zag y el lápiz cae. Apenas dos segundos, pero al reincorporarse siente todas las miradas encima.

En la pausa de media mañana se encierra en un cubículo del baño:

—Puedo con esto... puedo con esto... —susurra hasta que la voz se le quiebra.

El temblor en el párpado izquierdo no cede. Esa tarde, en Histología, escucha su nombre como si proviniera del fondo de un pozo; responde con un hilo de voz y vuelve a copiar fórmulas que ya no entiende.

## 2A.1 — Vértigo en espiral

Los siguientes quince días son una maratón de café y mini-siestas de diez minutos entre estanterías. Eva marca cada dosis de modafinilo en el borde de la libreta como si se tratara de victorias, pero la tinta se corre con el sudor de sus manos.

El viernes 7 de junio, 11:37 p. m., mientras memoriza rangos de presión arterial, la pantalla del portátil se ondula y el tic-tac del reloj se vuelve galope. Paula corre al oír el golpe: encuentra a Eva rígida, pupilas dilatadas.

—¡Esto ya no es solo cansancio! —exclama—. Estás al borde de un colapso.

Eva aprieta los labios. No quiere oír la palabra *detenerse*, pero la realidad ya no da tregua. Esa noche sueña que camina por un pasillo sin puertas y que, al fondo, late un reloj sin manecillas.

## 2A.2 — El día que el cuerpo dijo basta

El lunes 10 de junio tiene práctica en Urgencias. Mientras ayuda a intubar a un paciente, su visión se estrecha; oye un zumbido como de abejas furiosas y, antes de desvanecerse, ve las pinzas caer al suelo.

Despierta en la sala de descanso con un suero conectado. El residente a cargo sostiene la hoja de registro:

—Privación crónica de sueño. Necesitas un parte médico y un plan de reposo. Ahora.

Eva balbucea excusas, pero el residente firma un reporte que llegará al comité académico. En menos de veinticuatro horas tendrá que reunirse con la doctora Pérez, la decana de estudiantes.

## 2A.3 — Rendir la armadura

En la oficina, la doctora Pérez escucha en silencio. Sobre la mesa hay una carpeta con los partes de desmayo y las dudas sobre su rendimiento.

—No voy a sancionarte —dice, con voz suave—. Pero quiero que entiendas que esto ya no es negociable. Te ofrezco una suspensión temporal de prácticas y un seguimiento médico obligatorio. Si lo aceptas hoy, podrás reingresar el próximo semestre.

Eva mira por la ventana: la lluvia rebota en los adoquines y forma círculos concéntricos, como si alguien dibujara salidas que ella ha decidido ignorar. Siente un nudo que sube desde el estómago hasta la garganta; por un segundo cree que llorará, pero lo que emerge es un suspiro largo, casi un sollozo.

Firma.

Al salir, el aire de Medellín huele a tierra mojada. La ciudad sigue latiendo sin ella.

## 2A.4 — Respirar en cámara lenta

Acepta volver a la casa familiar “por unas semanas”. Su madre la recibe con un abrazo largo; su padre deja una manta de algodón sobre la cama como cuando era niña.

La primera noche, Eva se acuesta a las 9:30 p. m.; despierta nueve horas después con la garganta seca y la mente en blanco. El cuerpo parece de otro, pesado pero —por fin— silencioso.

Durante el siguiente mes se somete a un protocolo de higiene del sueño: cero cafeína, siestas programadas, terapia respiratoria y caminatas al amanecer. Lleva un diario donde registra cada microdespertar y los sueños que ya no la acechan con la misma violencia.

Un sábado, Paula la llama por videollamada:

—Te ves distinta —dice—. Más... tú.

Eva sonríe. No le duele la cara al hacerlo.

## Final — El reloj vuelve a latir D1A

A mediados de agosto, su neurólogo revisa las polisomnografías: los microdespertares se han reducido un 45 %.

—No hemos “curado” tu narcolepsia —aclara—, pero has demostrado que tu cuerpo puede recuperar terreno cuando se lo permites.

Esa tarde, sentada en la terraza con un cuaderno nuevo, Eva traza un reloj con agujas firmes que apuntan a las 6:00 a. m. y las 10:00 p. m.: su nueva frontera de sueño. Bajo el dibujo escribe:

“No llegué a la meta corriendo; llegué cuando dejé de huir de mí misma.

Próximo paso: volver al aula con el cuerpo como aliado, no como obstáculo.”

Cierra el cuaderno y, antes de entrar a casa, alza la vista al cielo despejado. El aire fresco le llena los pulmones con una certeza suave: el reloj interno vuelve a latir a su ritmo, y ella por fin escucha el compás.

---

## 2B: La Fisura Cotidiana

A pesar de la vergüenza que sintió tras haber tenido un ataque en público, Eva decide que debe ser transparente: envía un correo a la sección de bienestar

universitario y le relata al psicólogo su situación. Logra solicitar en la secretaría de facultad una cita para reajustar su horario académico y tras tomar un bus llega a la puerta de su EPS.

El recibimiento en la sede fue caluroso, como siempre: un vigilante le sonrió desde detrás del cristal, abrió la puerta, le sacó un turno y la invitó a sentarse mientras la doctora la llamaba.

Tras 20 minutos de espera fue llamada al consultorio de la Doctora Gómez, revisó sus signos vitales, tenía el pulso un poco acelerado pero el resto estaba bien. Tras relatarle lo ocurrido y contarle que ya había sufrido de estos ataques en ocasiones anteriores Gómez le asignó esta orden para psiquiatría.

- Acabo de consignar en tu historia clínica el suceso, con este papel le pedirás a la secretaria que te busque una cita con el psiquiatra, sin embargo estos especialistas suelen ser muy demandados por lo que es posible que no encuentres una cita sino hasta después de algunas semanas, quizá en 15 o 20 días. De todas formas, si su estado empeora, puede acercarse a urgencias de un hospital público.

Eva asintió, fue donde la secretaria y esta encontró un hueco en la agenda y programó su cita para dentro de 4 de junio, dentro de 2 semanas.

En su mente proyectó su agenda: Práctica en el hospital, clase de anatomía, parcial de farmacología, trabajo en la librería... sintió un suave adormecimiento en la nuca, como si la somnolencia la acechara sin previo aviso.

Decidió que, mientras tanto, ajustaría su rutina lo mejor posible:

Rutina de sueño estricta: acostarse a las 9:30 p.m., apagar celular a las 8:30 p.m., levantarse cada día a las 6:00 a.m.

Medicamentos de urgencia: tomar modafinilo en la mañana (aunque le causa cefalea) y un té relajante antes de dormir.

Apoyo familiar: pedir a su madre, Diana, que la llame cada mañana para asegurarse de que sí se levantó.

Técnicas de contención: usar respiraciones profundas (5 s inhala / 5 s exhala) cada vez que sienta que se va a quedar dormida.

## 2.2. El Hospital

Dos días después, aún sin cita en psiquiatría, Eva tenía que presentarse a práctica en el laboratorio de Clínica Médica del Hospital San Rafael a las 2:00 p.m. Salió del campus a las 12:30 p.m., tomó un bus y llegó al lugar a la 1:15 p.m. Con una bata blanca sobre su túnica de estudiante, atravesó la reja de acceso al hospital. Llevaba la libreta de sueños en su bolsillo derecho del pantalón: en ella anotó que, durante la noche anterior, se había despertado a las 3:45 a.m. y había soñado que su único hermano, Martín, estaba postrado en una sala de cirugías. Ese recuerdo todavía la sacudía.

Mientras esperaba en la sala, sintió el cansancio filtrarse sin aviso: sus párpados se cerraron durante al menos cinco segundos y al despertar vio a Camilo Álvarez, su compañero de práctica, saludándola y hablando de la dermatoscopia con voz difusa. No alcanzó a responder. Al intentar levantarse, tropezó con una enfermera que pasaba.

Se paró de su silla pero, el pasillo del hospital se alargó de manera extraña: las baldosas de cerámica parecían extenderse hacia un horizonte que no existía, los letreros de “Sala 3 – Observación” se retorcían, y las luces fluorescentes comenzaron a parpadear en tonalidades azules y naranjas. En la boca de Eva se abrió un grito ahogado, pues creyó percibir un rostro deformado que asomó entre unas camillas: algo elemental, como un holograma plagado de sombras. De un momento a otro, un grupo de enfermeras y un médico corrieron apresurados para atender a un paciente que se había agravado, Eva volvió en sí misma y sintió que el mundo recuperaba su forma usual.

—¿Eva? ¿Estás bien? —preguntó Camilo, tomándola del hombro y ayudándola a sentarse en la sala de descanso contigua.

—No... creo que me dormí un instante —respondió con voz ronca—, pero vi las paredes moverse. Sentí como si el pasillo no terminara.

Camilo frunció el ceño.

—Me quedé dormida —admitió ella—. Tengo narcolepsia, ya lo sabes, y a veces las pesadillas me confunden.

—Toma esto —dijo él al ofrecerle un vaso de agua—. Intenta escribir lo que viste. Quizá te ayude a aterrizar.

Eva tomó la libreta y escribió con temblor en la letra:

22 de mayo, 3:45 a.m.: Soñé que entraba a un quirófano y veía a mi hermano postrado inmóvil en la cama de cirugía.

Hoy, 1:45 p.m.: No recuerdo exactamente cuántos segundos duré dormida; vi el pasillo alargarse como si fuera una cinta. Las paredes palidecieron y vi una sombra con facciones difusas...

Tras unos minutos, un coordinador de las prácticas llamó su nombre:

—Eva, ven. Un paciente de consulta externa te espera con urgencia.

Ella se levantó. Camilo la acompañó hasta la puerta, y ella percibió el murmullo constante de las conversaciones médicas, el golpeteo de tacones y el zumbido de monitores en la sala de urgencias. Pudo completar la guardia, tomó signos vitales de dos pacientes sin mayores contratiempos y, cuando finalizó su turno, salió al pasillo para deslizarse a la salida. Sus piernas todavía temblaban, pero respiró profundo y agradeció a Camilo.

Por la tarde, en el apartamento, Paula la recibió con un abrazo firme. Eva le mostró la libreta de sueños y la ayudó a preparar una infusión de manzanilla con miel.

—Tienes que insistirle a la EPS — dijo Paula con voz suave —. Es posible que alguien haya cancelado una cita y logres adelantar la tuya.

## 2C: La Confesión Compartida

### Capítulo 2C: La Confesión Compartida

Eva llega al apartamento con el uniforme todavía húmedo de sudor. Paula interrumpe su subrayado de Psicopatología y corre a la cocina; vuelve con una tetera de esmalte verde.

—Esta vez no voy a preguntarte si “todo bien”. Solo dime dónde duele.

La frase se rompe como un candado. Eva desabrocha la bata, se sienta en el sofá y siente cómo la taza tibia le entibia también las manos.

—Hoy casi me desmayé en Microbiología —susurra—. El suelo se inclinó y escuché voces que me decían que no respirara.

Paula no aparta la mirada.

—Vamos a ponerle nombre a eso. Y un horario, si es necesario.

#### 2C.1 — El plan de las pequeñas batallas

Sobre la mesa improvisan un tablero de corcho. Clavan chinchetas de colores:

Color	Acción	Frecuencia
Verde	Siestas de 15 min en la tarde	Diarias
Azul	Registro de episodios hipnagógicos	Apenas ocurran
Amarillo	Taza de café permitida	Máx. 1 por día, antes de las 2 p. m.
Rojo	Llamar a la EPS para cita de sueño	Lunes 8:00 a. m.

—Nada heroico —explica Paula—. Solo constancia.

Eva asiente con un alivio inesperado: no tiene que salvarse sola.



## 2C.2 — El hilo de Ariadna

La primera semana cumple el horario con disciplina casi militar. Se desliza a la biblioteca, programa alarmas de 17 minutos y se queda dormida con los audífonos puestos. Al despertar, Paula revisa sus pupilas con la linterna del celular y le guiña un ojo si ve “luz y foco”.

Las tardes transcurren entre resúmenes compartidos y tazones de avena. Eva anota fielmente cada micro-pesadilla:

“28 de mayo, 03:14 — el pasillo se curvaba como una espiral, al fondo escuché mi nombre tres veces.”

## 2C.3 — El punto de quiebre

El 10 de junio el teléfono de la EPS suena al fin: hay cita con el neurólogo, pero dentro de seis meses. Paula cierra el puño.

—Entonces iremos por urgencias cuando haga falta —dictamina.

Esa misma noche, a las 2:47 a. m., Eva despierta empapada. El pasillo se desdibuja ante sus ojos; siente que cae aunque está de pie. Paula la sostiene por la cintura y prepara la “infusión de medianoche”: valeriana, toronjil y una cucharada exacta de miel.

—Respira conmigo —marca el ritmo: cuatro segundos entra, seis sale—. No estás sola en el túnel.

Los segundos se estiran, pero el suelo deja de tambalear. Cuando al fin se acuestan, Paula programa una videollamada con la doctora Pérez para esa misma mañana.

## 2C.4 — El pacto con la luz

La decana las recibe sin regaños, solo con un cuaderno de tapa azul donde garabatea alternativas académicas.

—La meta no es que Eva apruebe todo este semestre —dice—, sino que llegue al siguiente con la salud intacta. Podemos pasar las rotaciones clínicas a modalidad observacional mientras llega la cita especializada.

Firman un convenio de ajuste curricular. Eva no pierde las materias teóricas y gana tres tardes libres para dormir.

Agosto llega con lluvias tibias y una banda sonora de grillos nocturnos. Eva duerme bloques de seis horas, interrumpidos por sueños menos hostiles. Sus notas teóricas rozan el promedio más alto desde primer año.

Una tarde, mientras clava la última chincheta verde en el corcho, Paula le regala un reloj de madera sin segundero.

—Para que recuerdes que la vida no es un cronómetro —dice.

Eva lo coloca sobre la repisa, al lado de la tetera verde ya vacía. Respira hondo: la habitación huele a hierbas dulces y páginas nuevas. Siente que, por primera vez, los muros del túnel tienen ventanas. Y por ellas entra una luz tenue, constante, suficiente.

---

## Decisión 2 - ruta 2A

Tras este episodio surrealista en el hospital, Eva

(A) Decide dejar pasar el evento, es una ocurrencia que se ha hecho común en su día a día y no puede seguir perdiendo tiempo de sus estudios.

(B) Llamar a su EPS para averiguar la posibilidad de conseguir una cita mas pronta, considera que será muy difícil esperar las 3 semanas que quedan para ser atendida.

(C) Compartir el incidente con Paula y Martín, buscar apoyo emocional primero, y esperar que en unos días empiece el tratamiento formal, llamar a la EPS implicaría sobrecargar un servicio ya de por sí saturado.

### 3A-A: El reloj sin manecillas [3A-A]

#### 3A.1 — Café y espejismos

Del lunes 17 de junio al viernes 5 de julio, Eva escribe su vida en la libreta a base de tachones y dosis dobles de modafinilo. El termo metálico tiembla entre sus manos; cada sorbo de café sabe un poco más a hierro.

A las 03:18 a. m. del 28 de junio anota:

“No cerré los ojos, pero soñé despierta: el anfiteatro se llenó de relojes derretidos. Ninguno marcaba la hora.”

Las micro-siestas ya no reparan, solo aplazan el colapso. Paula propone llamar al neurólogo de guardia; Eva responde con una risa hueca:

—Dormiré en vacaciones.

#### 3A.2 — Urgencias en cámara lenta

El 8 de julio, rotación de Urgencias. El residente anuncia intubación de un politraumatizado. Eva, guantes listos, siente cómo el suelo se ladea. El zumbido en los oídos sofoca las órdenes del monitor:

90 / 60, SpO<sub>2</sub> 83 %.

—¡Sonda 7,5! —grita alguien.

Cuando intenta pasar el laringoscopio, sus dedos se abren como pétalos de cera derretida; el metal cae y rebota dos veces. Un borrón negro le cubre la vista. Se desvanece.

Despierta sobre una camilla de recuperación. El fluorescente parpadea: tic-tic-tic, como si el pasillo mordiera el tiempo. El residente le entrega un formulario:

—Parte de incidente clínico. Necesitarás evaluación ocupacional inmediata y reporte al comité académico.

Eva observa su firma temblorosa. Por primera vez en semanas, el miedo es un sabor real en la boca, amargo como paracetamol sin agua.

### 3A.3 — El comité y el silencio

Dos días después, sala 204 de la facultad. La doctora Pérez lee el expediente; al costado, un gráfico con pico de ausencias y horas declaradas de sueño:  $\leq 4$  h/día.

—Aquí nadie te expulsa —dice—, pero no puedes seguir en prácticas clínicas sin poner en riesgo pacientes y tu propia vida.

Propone una suspensión temporal de rotaciones y un protocolo de sueño obligatorio. Si lo firma, salvará el semestre teórico; si se niega, la baja será definitiva.

Eva mira el papel. Siente el eco del pasillo inclinado, la sangre en los guantes ajenos, el reloj sin manecillas. Firma. La pluma deja un surco de tinta que tarda en secar: igual que ella.

### 3A.4 — Ecos en el apartamento vacío

Paula baja la maleta desde el altillo. No hay reproches, solo la respiración contenida de quien ve naufragar a su amiga. Eva decide quedarse sola “para pensar”, pero los días se vuelven noches sin transición. El tik-tok del refrigerador sustituye al pulso.

Al mes de aislamiento, un correo de la decana: “Confirmar asistencia a Unidad del Sueño antes del 20 de agosto”. Lanza una moneda imaginaria para contestar; cae de canto.

El 21 de agosto, Eva cruza por fin la puerta del hospital universitario. Sabe que la rehabilitación será larga: micro-despertares convertidos en costumbre, tolerancia alta a los estimulantes, peso de la culpa.

En su libreta escribe, con caligrafía temblorosa pero legible:

“El cuerpo siempre cobra sus deudas de sueño, con intereses.  
Hoy empiezo a pagar el capital.”

Cierra la tapa. La mancha de tinta negra, que hace un mes parecía un eclipse, se ha secado. Afuera, la tarde se llena de un sol pálido; no calienta, pero ilumina el camino de regreso. Una primera, pequeña victoria: dar un paso sin huir de sí

### 3B: La Carrera Contra el Reloj

#### 3B.1 — “Su llamada es muy importante para nosotros”

Lunes, 10 de junio, 8:01 a. m. Eva marca el número de la EPS con el pulgar aún entumecido; el temblor del párpado izquierdo late al compás de la señal de espera. Tres semanas hasta la consulta de sueño le parecen una eternidad.

—Todos nuestros operadores están ocupados... —musita la grabación mientras la música enlatada se repite.

A la octava vez que el sistema la expulsa, Paula le acerca una libreta: *“Intenta con la línea prioritaria de patologías crónicas”*. Eva respira hondo y vuelve a marcar; esta vez apoya el teléfono sobre el altavoz y empieza a transcribir cada nombre y extensión. A la hora y media, una voz real responde.

—Sí, doctora. Veo su remisión —dice la operadora—. Hay un cupo por cancelación este jueves 13, 6:45 a. m. ¿Puede?

—Puedo —responde Eva sin titubear, los ojos vidriosos de alivio.

#### 3B.2 — Amanecer en el pabellón de Somnología

Jueves, 6:12 a. m. El ascensor sube hasta el piso 11; Eva tiembla, pero no de cansancio sino de nervios. El doctor Alarcón la recibe con ojeras más pronunciadas que las de ella. Escucha en silencio, garabatea en la historia clínica y ordena una polisomnografía urgente.

—Necesito ver tu arquitectura de sueño esta misma noche —dice—. El detonante fue la privación, pero la narcolepsia está clara. Cuanto antes ajustemos fármacos, antes frenarás el círculo vicioso.

Eva firma consentimientos: electrodos, cámaras infrarrojas, registro de EMG. Esa noche, tendida entre cables, el zumbido blanco del monitor se le antoja un himno de rescate.

#### 3B.3 — Resultados y artillería ligera

Viernes, 14 de junio, 15:00. Gráfico tras gráfico, el neurólogo señala microdespertares, intrusiones REM, picos de apnea breve.

—Buenas noticias: sin anomalías estructurales. Las crisis se deben al desbalance circadiano y al abuso de estimulantes —resume—. Empezamos hoy con oxibato en dosis bajas para consolidar sueño nocturno y reducimos el modafinilo a la mitad. Agenda revisiones semanales.

Eva sale con una bolsa de medicamentos y un plan de higiene del sueño milimétrico: luces cálidas después de las ocho, cero pantallas en cama, siestas

cronometradas de veinte minutos. Paula pega el cronograma en la puerta del cuarto como si fuera un cartel de concierto épico.

### 3B.4 — Diez noches para calibrar el compás

Las primeras cuatro madrugadas se despierta aturdida, con sabor metálico en la lengua; pero nota algo nuevo: al abrir los ojos, el techo está quieto. No hay pasillos que se elonguen ni relojes derretidos.

La quinta noche duerme seis horas seguidas. Al despertar, escribe en la libreta:

“Soñé que corría sobre un puente, pero no caía. Me detuve a mirar el agua.”

Con el sueño más estable, las alucinaciones hipnagógicas retroceden. Los temblores en el párpado desaparecen. A la semana, Eva acude a las clases teóricas sin termo de café: lleva una botella de agua y una alarma discreta para la siesta de mediodía.

El 27 de junio el doctor Alarcón revisa los registros: latencia REM normalizada y reducción del 60 % en microdespertares.

—No vamos a romper récords académicos este mes —bromea—, pero hemos ganado lo esencial: *vigilia funcional y sueños en su sitio*.

Eva camina de regreso al campus con una sensación extraña de ligereza. Sabe que aún debe renegociar plazos con la facultad, pero por primera vez en mucho tiempo el futuro no huele a formol ni a café quemado, sino a aire limpio después de la lluvia.

En la libreta, antes de dormir, anota:

“A veces el mayor atajo es detenerse y pedir ayuda.  
Gracias, voz número 27 del call-center.”

Apaga la luz a las 22:15 y, mientras el oxibato surte efecto, oye su corazón marcar un compás regular. Ni lento ni desbocado: simplemente vivo, disponible para lo que venga.

## 3C: La Infusión de Medianoche [3C]

### Capítulo 3.C La Infusión de Medianoche

Eva se quitó los zapatos apenas entró al apartamento. Paula la esperaba con una manta doblada sobre el sofá y dos tazas de manzanilla caliente. Al verla, Eva se desplomó con un suspiro pesado, más agotada emocionalmente que físicamente.

—Fue otro episodio —dijo, apenas sentada, con la voz quebrada—. En el hospital. Me estaba quedando dormida en la sala de espera y el pasillo... el pasillo parecía infinito.

Paula no preguntó más. Solo le tendió la taza y esperó. Cuando Eva terminó de relatar los detalles, incluyendo la visión distorsionada y la ayuda de Camilo, ambas guardaron un momento de silencio.

—¿Has pensado en contarle a Martín? —sugirió Paula con delicadeza—. Tal vez si él habla con tus papás... no como algo alarmante, sino para que estén atentos.

Eva asintió. Tomó su celular y le escribió un mensaje a su hermano:

“Martín, tuve otro episodio fuerte hoy en el hospital. Estoy bien, pero cada vez se vuelve más difícil fingir que todo está bajo control. ¿Puedes contarle a papá y mamá, por favor? No quiero preocuparlos directamente, pero ya no quiero sentirme sola en esto.”

Martín respondió minutos después:

“Claro, Eva. No estás sola. Voy a hablar con ellos esta noche. Cuídate, ¿sí?”

El 26 de mayo llegó con una mezcla de tensión y rutina. Eva se presentó al parcial de Farmacología en la mañana, con las ojeras profundas y el estómago vacío. A duras penas logró concentrarse. Al salir, caminó hasta una cafetería cercana y pasó el resto del día con su laptop abierta, navegando entre artículos médicos, foros de pacientes y testimonios. En una página dedicada a trastornos del sueño, leyó sobre casos similares al suyo. Un hilo de discusión en particular le llamó la atención: hablaban de infusiones naturales que ayudaban a regular los ciclos circadianos. Algunos usuarios mencionaban combinaciones de valeriana, pasiflora y melisa para inducir sueño más profundo, y otras como romero, ginseng o incluso yerba mate para mantenerse despierto sin recurrir al modafinilo.

Regresó al apartamento con una mezcla de esperanza y escepticismo. Por la noche, se sentó con Paula en la cocina y le contó lo que había leído.

—Tal vez podría usar infusiones para controlar los picos de sueño —dijo mientras anotaba en su libreta de apuntes una lista con las plantas medicinales—. Sé que no es una solución definitiva, pero quizás logre estabilizarme hasta que llegue la cita.

Paula asintió.

—Solo prométeme que irás probando de a poco. No mezcles muchas cosas de una sola vez. Tu cuerpo ya está bajo demasiada presión.

Eva sonrió con debilidad y le dio un abrazo largo. Esa noche preparó una infusión de valeriana y melisa antes de acostarse. Dejó listo el despertador para las 7:00 a.m., con la idea de llegar temprano a clases y pasar luego por la librería.

Pero a la mañana siguiente no se levantó.

El sueño la atrapó como una corriente oscura, sin sobresaltos ni alertas. Al abrir los ojos, el sol ya marcaba el paso del mediodía. Se incorporó de golpe, con la cabeza girando y la respiración entrecortada. Miró el reloj con incredulidad: 12:56 p.m. Había faltado a clase. Había olvidado su turno.

A las 3:00 p.m. recibió un mensaje de WhatsApp:

Señor Herrera:

“Eva, lamento la situación por la que estás pasando y sé que no es tu culpa. He intentado ser comprensivo con tus ataques y las veces que te has quedado dormida en el trabajo, pero esta situación se ha salido de control y, por ahora, necesito alguien más capaz de responder en este periodo del año tan demandante.

Te recomiendo buscar ayuda profesional y contactarme cuando hayas recuperado el control de tu vida.”

El mensaje la dejó en silencio. Lo releyó una vez. Luego otra. El celular temblaba en sus manos.

No lloró. Pero sintió que algo en su interior se resquebrajaba.

Con el rostro pálido, caminó hasta la cocina donde Paula leía en voz baja. Le pasó el celular sin decir palabra. Paula leyó el mensaje y la miró en silencio.

—Esto no te define —le dijo con calma—. No eres menos capaz por estar enferma.

Eva asintió. Pero el nudo en su garganta no se deshacía sabía que estaría en aprietos los siguientes meses para responder con la renta, su transporte y su

comida, quizá incluso tendría que dejar sola a Paula para irse a vivir con sus padres...

#### Capítulo 4C:

##### 4.1.C Voces en el Vacío

Eran las 3:07 a.m. cuando Eva se sentó en la cama, con la garganta seca y el estómago apretado por el insomnio. Paula dormía profundamente al otro lado del apartamento. Eva se frotó los ojos, se puso de pie y caminó hacia la puerta con la intención de ir al baño y despejarse.

Pero al asomar al pasillo, algo cambió.

Las paredes parecieron inclinarse. Las baldosas del suelo comenzaron a resquebrajarse como si fueran de vidrio mal templado. El pasillo se alargó en una perspectiva imposible, y la tenue luz del bombillo parpadeó, proyectando sombras extrañas sobre los muros. Donde debería estar la puerta del baño, ahora se alzaba la entrada a una sala de urgencias, iluminada por fluorescentes blancos y rodeada por un eco distante de alarmas médicas.

Eva dio un paso atrás, pero las voces comenzaron.

Primero una.

Luego dos.

Y finalmente un mar de susurros envolviéndola:

—“No puedes seguir así...”

—“Busca ayuda, antes de que sea tarde...”

—“Fallaste otra vez...”

—“...nunca serás suficiente...”

—“...ya no puedes ocultarlo...”

Algunas eran recriminaciones. Otras, súplicas. Algunas no tenían sentido alguno. Sonaban como ecos de otras vidas, otras mentes.

El suelo a su alrededor empezó a derrumbarse. Baldosas enteras se despegaban, revelando un abismo negro que absorbía la luz. Eva, temblando, tuvo que saltar entre los pedazos de suelo que aún flotaban en el aire. Una de las baldosas se resquebrajó bajo sus pies y gritó, con los brazos extendidos, hasta alcanzar por fin la puerta al fondo.

Pero justo antes de tocar el pomo, una figura oscura emergió del umbral. Era alta, delgada y tenía su mismo rostro. Un reflejo mal trazado.

—“Falta poco para que yo tome el control.”

Eva cayó de rodillas.

Entonces todo se desvaneció.

Estaba apoyada contra la puerta del baño, descalza, con las palmas temblando sobre la madera. El pasillo era solo un pasillo. Afuera, la noche era silenciosa y el murmullo del refrigerador era lo único que vibraba en el ambiente.



Se mojó el rostro en el lavamanos y volvió a acostarse. No logró dormir.

#### 4.2.C Ruegos

Por la mañana, Eva apenas pudo tomar un té. Sentía el cuerpo pesado, el corazón apretado. Lo de anoche no fue solo un sueño: fue una advertencia. Las voces en su mente aún resonaban, como si la realidad apenas se hubiera reconfigurado para permitirle sobrevivir el día.

Recordó con claridad una de las frases que más le dolieron:

“Busca ayuda.”

Pero no podía. Su EPS tardaría semanas. Y ahora, sin trabajo, no tenía cómo pagar un tratamiento particular. Sintió que estaba atrapada en un sistema indiferente, ahogada en su propio cuerpo.

Nadie —excepto Paula— sabía lo mal que estaba. Su universidad respondía con frialdad ante sus ausencias. Sus profesores se limitaban a marcar la inasistencia. Sus compañeros seguían con sus vidas. Hasta su hermano, que había sido amable, seguía lejos.

Así que hizo lo único que no había hecho: escribió a su padre.

“Papá...

No sé cómo empezar esto.

Estas últimas semanas han sido un infierno. Me han despedido del trabajo por no poder mantenerme despierta, fallé en la universidad más de una vez y he tenido episodios que ya no puedo distinguir de la realidad.

Anoche, casi me caigo en medio de una alucinación. Paula ha sido un ángel, pero no puedo seguir así.

No puedo pagar un tratamiento y el sistema de salud me da cita en semanas.

Papá, necesito ayuda. ¿Puedo volver a casa por un tiempo?

No quiero preocuparlos, pero ya no puedo sola. Ya no.”

Eva lloró mientras escribía. Luego volvió a llorar al enviarlo. Se sintió frágil. Derrotada. Culpable, sobre todo por Paula, que ahora tendría que buscar otro lugar donde vivir o apurarse a conseguir un nuevo compañero.

#### 4.3. Día Cero

El mensaje de su padre llegó esa misma tarde:

“Por supuesto que puedes volver, Eva. Ven cuanto antes.

Vamos a resolver esto juntos.”

Días después, con la maleta hecha y la libreta de sueños en su mochila, Eva se despidió de Paula. El abrazo fue largo. Ninguna de las dos dijo mucho.

—No me debes nada, ¿sí? —dijo Paula por fin—. Solo... mejora.

Eva asintió, sin poder mirarla a los ojos.

Ya en casa de sus padres, su padre la obligó a ir a un psicólogo particular, a regañadientes. Lo pagaría él, hasta que Eva pudiera estabilizarse. La universidad la puso en reserva de cupo, y ella tuvo que aceptar que, por ahora, continuar no era viable.

Cada día era un nuevo reto. Algunas mañanas no se levantaba. Otras, lloraba en el consultorio del psicólogo. Pero poco a poco, con tiempo y tratamiento, comenzó a recuperar fragmentos de sí misma.

Visitaba a Paula de vez en cuando. Su amiga jamás le guardó rencor, pero Eva no podía evitar sentir que le había fallado.

Sabía que algún día intentaría compensarlo todo, pero por ahora, tenía que aprender a vivir un día a la vez.

---

## Decisión 3 – Ruta 3B

En vista de los problemas que la aquejan, Eva decide.

(A) Renunciar a la librería, aceptando el apoyo económico temporal de su familia. Esto implicaría concentrarse en el tratamiento médico y en la reorganización de su rutina, pero sin ingresos propios tendría que mudarse, dejando a su amiga Paula en aprietos, o conseguir un préstamo familiar que cubriera su renta unos meses.

(B) Continuar trabajando en la librería mientras intenta afrontar las prácticas en el hospital, pero cancelando 2 de las materias que está cursando, con la

incertidumbre de que otro episodio le vuelva a ocurrir y termine siendo despedida de todos modos.

(C) Dejar de lado sus citas semanales con el psicólogo, considerando que ya cuenta con la orden de la medicina que debe tomar y pensando que podrá acudir

## 4A : La renuncia con apoyo familiar

### 4A.1 — El nido familiar

A las 2:05 p. m., la campanilla de la librería anuncia su última entrada. Don Sergio la observa tras el mostrador:

—Pensé que volverías mañana —dice con voz grave—.

Eva apoya la carta de renuncia sobre el cristal y respira hondo:

—Mi salud no aguanta más turnos nocturnos, don Sergio. Gracias por todo.

El silencio dura un parpadeos hasta que él esboza una media sonrisa:

—Cuida tu vida antes que mis libros.

En el taxi de regreso, el aire de Medellín huele a mangos maduros y a gasolina. Con manos temblorosas marca el número de su padre. La voz de Álvaro, al otro lado, suena firme:

—Ven a casa. Te esperamos.

Esa misma tarde, Eva desempaca su maleta en la habitación de siempre: paredes color melocotón, un póster ajado de Da Vinci y una vieja cafetera sobre la mesita. Se deja caer sobre la cama, agotada, mientras el eco de un silencio que no exige nada la envuelve.

### 4A.2 — Rutina de restauración

Del 1 al 31 de julio, la casa familiar se convierte en el escenario de un ritual curativo:

- 06:30 a.m. Paseo con Diana y el perro Criollo por el parque vecinal.
- 07:15 Desayuno rico en proteínas y jugo de papaya; el café, ahora descafeinado.
- 09:00–11:30 Lectura suave de apuntes (“Pomodoro” de 25 min, descanso de 5 min).
- 01:00 p.m. Siesta breve, controlada por alarma vibratoria.
- 03:00 Tarde en el huerto comunitario: poda de rosas y charla con vecinos.
- 08:30 p.m. Zolpidem y música de cuencos tibetanos para una meditación guiada.

Poco a poco, los microdespertares se reducen, igual que las alucinaciones al borde del sueño. El 14 de julio, Eva anota en su libreta:

“Soñé con un auditorio vacío. No tuve miedo.”

### 4A.3 — Vocación y esperanza

A mediados de agosto, Álvaro la invita a observar consultas en la clínica de sueño donde él trabaja. Sin bata ni deberes, toma notas: patrones respiratorios, historias de niños que no duermen. Por primera vez siente el pulso de su futuro latir con suavidad, lejos del vértigo del campus.

Una noche, videollamada con Paula:

—Te veo distinta —dice su amiga—. Serena.

Eva sonríe, y por primera vez no le duelen los labios al hacerlo.

El 22 de agosto, el neurólogo revisa los estudios: los microdespertares han caído un 45 %. Con autorización médica para volver de forma parcial, Eva se sienta en la terraza con su libreta nueva. Dibuja un reloj cuyas manecillas apuntan a las 6:00 a.m. y las 10:00 p.m., su nueva frontera de vigilia y sueño. Bajo el esbozo escribe:

“No llegué corriendo. Aprendí a caminar despierta.”

La brisa torna fresca y clara; en su pecho, por fin, el compás interno suena armonioso.

## CAPÍTULO 4B: El Umbral [4B]

Eva se detuvo frente al escritorio de la Secretaría Académica de la Facultad de Medicina. En su agenda llevaba los nombres de sus materias inscritas: Anatomía I, Fisiología, Prácticas Académicas. Con un suspiro, supo que debía reducir su carga. La semana previa había sido un torbellino de citas médicas, guardias en el hospital y pesadillas, además de la sola idea de quedarse dormida de nuevo en la librería...

La secretaria interrumpió sus pensamientos con un amable saludo.

—Buen día, ¿En qué puedo ayudarla?

— Buenos días — dijo Eva—. Vengo a solicitar la cancelación de dos materias este semestre. Mi salud no me permite mantener los cursos, el trabajo y las prácticas clínicas al mismo tiempo.

—Comprendo. ¿Qué necesitas cancelar?

—Necesito dejar mi clase de Fisiología. Voy a concentrarme en terminar Anatomía I y mi práctica en el hospital.

—Listo. Usted se queda inscrita en dos cursos. Si en el próximo semestre quiere reinscribir esas asignaturas, puede hacerlo sin problemas.

Eva firmó los formularios correspondientes y salió con el peso aligerado de sus hombros. En el breve pasillo, alcanzó a ver una notificación en su teléfono: su jefe de la librería le había enviado un mensaje:

—Eva, hablamos sobre tus horarios: podrás seguir cubriendo los turnos de la tarde de la librería y los jueves asistirás en la mañana para que puedas realizar tu practica en el San Rafael. Confío en tu compromiso. —S. Herrera”

Una leve sonrisa se dibujó en su rostro. Había logrado el equilibrio que tanto necesitaba: redujo las materias sin perder del todo su ritmo académico y convenció a su jefe para un horario compatible con las citas médicas y las guardias hospitalarias.

Esa misma tarde, al llegar a casa de sus padres, fue recibida por su madre, Diana, y su padre, Álvaro, su hermano llegó de visita un rato después.

— Mi amor — dijo su madre —, ¿qué tal te fue en la Secretaría?

—Cancelé Fisiología. Me quedo solo con Anatomía, Así puedo enfocarme en las prácticas y en el tratamiento.

—Es lo mejor que podías hacer. Salud primero. Si necesitas más apoyo con la renta o con el transporte, ya sabes que cuentas con nosotros.

Esa noche, Eva se acostó temprano, con su pulsera “Morenita” bien sujeta en la mano. A las 9:30 p.m., tras una ducha relajante, tomó su primera dosis de dexametilfenidato y dejó listo el zolpidem para la siguiente hora. Sus compañeros de grupo de apoyo, aunque sabían que ella continuaría trabajando y practicando, la felicitaron por atreverse a bajar la carga académica.

Por la mañana, al despertar justo a las 6:00 a.m., respiró hondo y se recordó a sí misma: “Soy capaz de avanzar, paso a paso.”

## 4C: La Falsa Estabilidad

Eva decide que no puede con todo. Siente que el nuevo medicamento le da una “base” suficiente, y prescinde de las citas semanales con el psicólogo. “Con la pastilla es suficiente”, se repite. Durante los primeros días, parece irle bien: asiste a clases, cumple con sus horarios en la librería y hasta logra dormir mejor.

Pero pronto, la presión se acumula. Las pesadillas vuelven a surgir, aunque menos vívidas. Sus episodios son más sutiles: micro sueños durante las clases, desconexiones durante conversaciones, lagunas de memoria. No tiene con quién hablar sobre la ansiedad que va acumulando.

Un día, Paula nota que Eva ha dejado de registrar sus sueños en la libreta.

—¿Cómo vas con el seguimiento? ¿Estás llevando registro?

—No he tenido tiempo —miente Eva.

Paula sospecha, pero no insiste.

Una semana después, Eva siente que no puede con la carga emocional.

---

## Decisión 4-2

Enfrentándose a la complicada situación de su salud mental, Eva, respecto a su terapia:

(A) Decide retomar la psicoterapia por su cuenta, usando parte de sus ahorros, sin decírselo a nadie.

(B) Busca grupos de apoyo en línea y empieza a compartir su experiencia de forma anónima en un foro de trastornos del sueño.

### 5A.1: El Regreso al Diván

#### 5.A.1 — Ticket sin descuento

Eva rompe la alcancía y paga la psicóloga particular una tarde de julio. La primera sesión transcurre en una consulta de luz difusa, donde confiesa que le teme más al fracaso que a la enfermedad. La terapeuta anota en su cuaderno: “Trabajaremos compasión y autoaceptación”. Eva sale con un sobre de hojas sueltas y la promesa de escribirle cartas a “Eva-estudiante” desde “Eva-humana”.

Semana tres. Cada noche practica Mindfulness-body-scan: durante una crisis hipnagógica, en lugar de luchar contra la alucinación, centra su atención en la respiración—siente cómo el aire entra y sale de sus pulmones—y repite en voz baja:

“No estoy en el quirófano, estoy en mi cama.”

En consecuencia, sus despertares nocturnos pasan de cuatro a dos por semana.

Al volver a la universidad como oyente en Anatomía, entrega un breve informe de correlación clínica. La profesora Pérez lo califica con un “Excelente” y añade: “Tu capacidad de reflexión ha crecido”. Eva guarda esa hoja como un trofeo de nácar: la prueba tangible de que su trabajo emocional fructifica también en el aula.

A finales de octubre, la terapeuta le propone reducir las sesiones a encuentros quincenales. Eva paga la última consulta con su propio sueldo de la librería y sale caminando bajo una garúa suave hacia la facultad. El semáforo se vuelve verde al compás de su latido: por primera vez, siente que puede avanzar sin huir de sí misma.

## 5.B: La Comunidad de los Insomnes

Ruta 4C-B: Buscar apoyo en foros

Eva se adentra en comunidades en línea. Encuentra consuelo en leer historias similares, pero también se encuentra con información contradictoria y alarmista. Un día, por recomendación de un usuario anónimo, decide probar un suplemento natural no recetado: “Ashwagandha con cafeína micro dosificada”.

La mezcla la hace sentir hiperalerta al principio, pero en una guardia en el hospital sufre una caída menor al desmayarse de nuevo.

Camilo, su compañero, la encuentra en el piso. Ella apenas balbucea:

—No puedo más...

El incidente llega a oídos de la facultad. Se le solicita una evaluación de salud formal para continuar su semestre.

Frente al comité de bienestar, Eva debe decidir:

---

## DECISIÓN 5 [D-5]

*Cuando es interrogada por el comité académico, eva decide:*

(A) Decir la verdad

(B) Mentir

### FINAL 5A — Verdad que libera [5A]

El comité agradece su sinceridad y, aunque la sancionan con una suspensión temporal, le ofrecen acompañamiento integral. Su psiquiatra ajusta el tratamiento, y esta vez, Eva retoma la terapia formal. Pierde el semestre, pero gana una red de apoyo sólida.

Final de aprendizaje: Eva no logra avanzar académicamente ese semestre, pero gana madurez emocional. Su círculo familiar y Paula la apoyan en su recuperación, y vuelve con más claridad a su carrera.

### FINAL 5B — Mentira que devora [5B]

Eva oculta la verdad, pero vive con la culpa. Sigue estudiando, pero el miedo a que descubran la mentira la consume. Tiene nuevos episodios, más severos. Uno de ellos ocurre frente a un paciente pediátrico durante prácticas clínicas.

El hospital remite un informe. La universidad abre una investigación

Final malito: Eva es suspendida indefinidamente. Pierde la beca, se aísla emocionalmente, y aunque no abandona del todo la medicina, cambia de carrera años después. En sus propias palabras: "Mi cuerpo me gritaba lo que mi mente no quería aceptar".